

Crónica de dos premios del Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias: CASTELAO y COAA+10, o cómo premiar el paso del tiempo en la Arquitectura

El premio Asturias de Arquitectura, galardón que se entrega de manera bianual, era hasta el pasado mes de noviembre de 2017 el único premio que otorgaba el Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, COAA. Desde la institución se consideró necesario completar el cuadro de honores con otros dos galardones que no debían centrarse en la obra reciente, si no valorar los méritos acumulados por el tiempo. El primero de ellos, bautizado como Premio Castelao en memoria del arquitecto nacido en Cangas del Narcea, Ignacio Álvarez Castelao, tiene como objetivo homenajear toda una trayectoria en la arquitectura o el urbanismo, el compromiso con la profesión y la búsqueda de la excelencia. El segundo, llamado COAA+10, se concede a la obra que mejor haya sabido dialogar con el tiempo, tanto en su aspecto formal como conceptual. Para optar a él es necesario que hayan pasado diez años desde la realización de la obra candidata, que sea de la más alta calidad y que su diseño, conservación y mantenimiento revelen una adaptación óptima al devenir de los años.

Los primeros premios, correspondientes a las ediciones de 2017, fueron concedidos al arquitecto Mariano Marín Rodríguez-Rivas (Gijón, 1926), con una amplia y elogiada carrera a sus espaldas, y al Edificio Administrativo de Servicio Múltiples del Principado de Asturias, obra firmada por los hermanos Enrique y Manuel Hernández Sande junto con Enrique Perea Caveda, que en 2018 alcanza un cuarto de siglo en funcionamiento en la explanada ovetense de Llamaquique.

Mariano Marín es uno de los más veteranos arquitectos asturianos, una persona respetada y querida en la profesión tanto por sus méritos técnicos como por los personales, incluida su preocupación por el Colegio, del que fue Decano en dos etapas distintas a finales de los años 70 y principios de los 80 del siglo pasado. Al recibir el premio en un acto celebrado en el Club de Tenis de Gijón, escogido como escenario por ser una obra que en el año 1963 realizó el propio homenajeado, se emocionó especialmente por ser honrado con una distinción que lleva el nombre de uno de sus maestros. Marín fue colaborador de Castelao y juntos obtuvieron un primer premio en el concurso para construir lo que sería el edificio de la delegación del antiguo Ministerio de Obras Públicas en Bilbao, además de otros proyectos más modestos en Asturias. "Me produce cierta emoción el reen-

cuentro de lo que queda de mí como arquitecto, con lo que queda de lo que fue una de mis primeras obras. En los dos es patente la herida del tiempo y nos contemplamos con profundo afecto”, señaló en su intervención.

La decana del COAA, Sonia Puente, a quien correspondió glosar la figura del premiado, comentó sobre Marín que era “el último representante de esa generación de arquitectos que, con su sólido conocimiento y compromiso profesional, ayudaron a construir y transformar cada una de las ciudades que componen esta región”. En aquella Asturias que a duras penas dejaba atrás la posguerra y la miseria de los veinte años posteriores al conflicto civil, uno de los requisitos para construir edificios era una cierta habilidad para buscarse la vida, y el conjunto del Club de Tenis da testimonio de la capacidad de maniobra de Mariano Marín. Si en el edificio se percibe la huella de Mies van der Rohe, el maestro alemán que Marín conoció en su paso por el MIT, conviene mencionar que el azar unido al talento del arquitecto gijonés hicieron posible este singular edificio, puesto que los elementos más característicos de la construcción, los perfiles de acero de 220 milímetros, un verdadero lujo para la época, se utilizaron gracias a que un amigo del arquitecto se los encontró por casualidad en una visita al puerto de El Musel. La sabia utilización de los mismos creó una de las mejores obras de la arquitectura moderna asturiana, por desgracia modificada sin control de su autor, perdiendo la calidad inicial.

Uno de los méritos de Marín, y con él de toda la generación de arquitectos de una edad similar a la suya, es haber hecho de la necesidad virtud y al igual que el músico Stravinsky, a quien el arquitecto admira, sabe utilizar la “economía de medios expresivos” para hacer de ella un rasgo de estilo y recupera cierta alegría que proponían las vanguardias anteriores a la guerra civil. Quizás esa contención en las formas y los materiales haya hecho que la obra de Marín haya pasado desapercibida para el gran público e, incluso, la mayor parte de sus compañeros de profesión.

La obra ganadora del otro premio concedido, el COAA+10, también ha heredado una parte de esa contención en la forma y en los materiales. Su combinación de piedra, vidrio y acero ha sabido envejecer y sigue presentando un aspecto moderno, tecnológico, que hace que después de 25 años de uso intensivo, haya

sorprendido al jurado que le concedió el galardón porque apenas se aprecian diferencias en su aspecto externo entre las fotografías tomadas a principios de los años 90, en la época de su inauguración, y las que se han hecho en la actualidad.

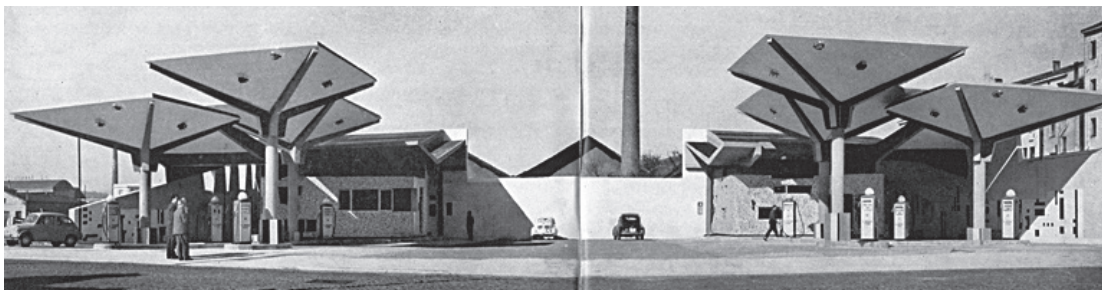
Los hermanos Hernández Sande y Enrique Perea habían concurrido por separado en 1988 al concurso de ideas convocado para decidir el uso de lo que por entonces era una gran parcela vacía perteneciente a la constructora pública Sedes, pero unificaron sus proyectos a petición del jurado que resolvió aquella evaluación y formaron una sociedad que se extendió a otros proyectos. En el centro de Oviedo dejaron un edificio que vino a simbolizar el acceso de Asturias al autogobierno tras la aprobación del Estatuto de 1983. Como sedes de la Presidencia y el Parlamento de la comunidad autónoma, se escogieron inmuebles que ya existían y se adaptaron a sus nuevos usos, pero con el edificio administrativo de Llamaquique, el Gobierno regional quiso dotar de una sede unificada, visible y simbólica a las consejerías recién creadas. A su alrededor, crecieron un centro comercial, unas oficinas de la antigua Cajastur y, con el tiempo, el Palacio de Justicia y una estación subterránea para los trenes de cercanías. La sede del Principado creó un polo de crecimiento urbanístico cuyos efectos aún se dejan notar en 2018.

El acto de entrega del premio a los tres arquitectos se celebró en el salón de actos del propio edificio y, dado que coincidió con la entrega de las insignias de oro del Colegio a los arquitectos que llevan más de 50 años en ejercicio, se convirtió en un repaso a las ambiciones y los logros de la profesión. “Los méritos de este edificio deben apuntarse en la cuenta de quienes lo concibieron y contribuyeron a su construcción: arquitectos, promotores y constructores. La buena arquitectura es sin duda el resultado del trabajo en equipo”, apuntó la Decana en un discurso con énfasis en el carácter de obra colectiva que tiene el levantamiento de un proyecto. Por su parte, el consejero de Infraestructuras, Ordenación del Territorio y Medio Ambiente del Gobierno asturiano, Fernando Lastra, al agradecer el reconocimiento al edificio en el que se encuentra su despacho, insistió en el carácter social del trabajo de los arquitectos. “De ustedes se esperan respuestas viables, eficaces y eficientes a las exigencias de vivir en comunidad, a los retos que plantea la movili-

dad, a organizar la cotidianidad de residir en un lugar y trabajar en otro, a cómo organizar el ocio o a cómo planificar el futuro que exige nuevas residencias, tanto como las maneras de organizar los servicios públicos”, expuso como reto a los numerosos asistentes a una tarde de fiesta para la arquitectura asturiana.

Marín y el EASMU han tenido el honor de ser los primeros de una lista que será compar-

tada en futuras ediciones por otros espléndidos arquitectos que han dejado su legado en Asturias y a los que es justo reconocer su buen hacer profesional, así como a aquellas obras que cumplen de forma silenciosa la misión para la que fueron creadas y aunque no son capaces de burlar el tiempo como Dorian Gray si son capaces de adaptarse a él. Dentro de dos años se volverán a valorar esos méritos.



Antigua gasolinera MAYFER Gijón, 1959, Mariano Marín Rodríguez Rivas. Foto: Archivo del arquitecto.



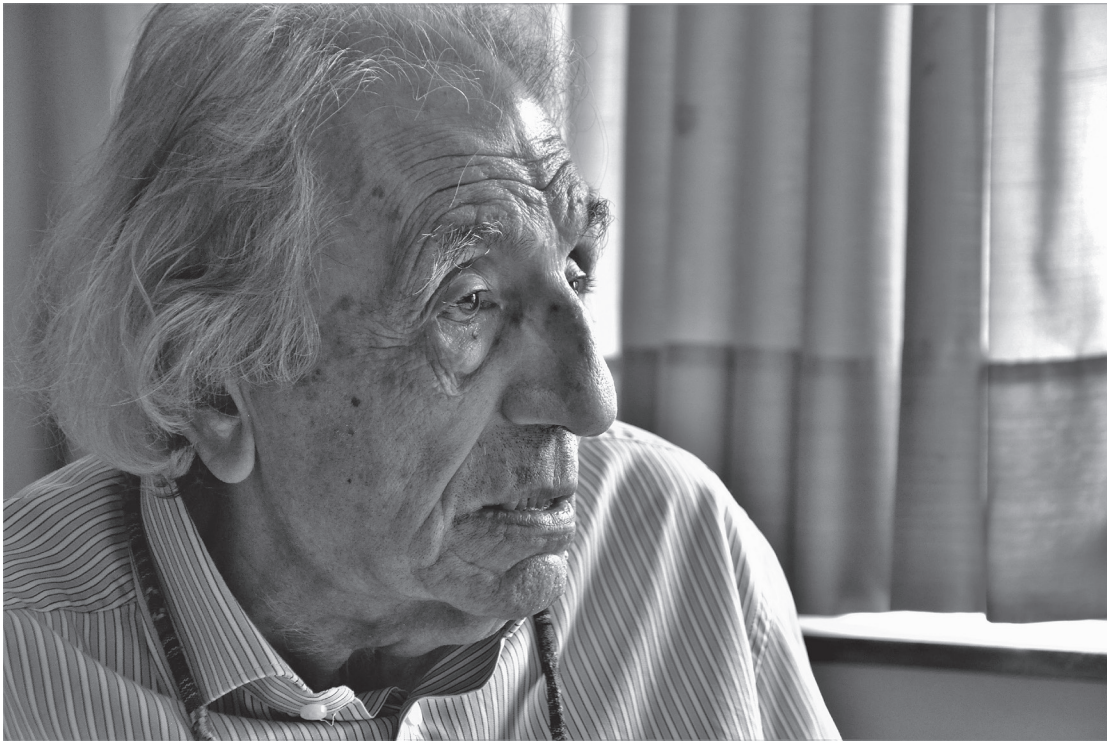
Club de tenis de Gijón, 1962, Mariano Marín Rodríguez Rivas. Foto: Archivo del arquitecto.



Edificio en c/Uría, Gijón, 1962, Mariano Marín Rodríguez Rivas. Dibujo de proyecto.



Antiguo grupo escolar, Aboño, 1965, Mariano Marín Rodríguez Rivas. Foto: Valentín Arrieta Berdasco



El arquitecto Mariano Marín Rodríguez Rivas. Foto: Jose Ramón Puerto Álvarez



Arquitectos ganadores del premio COAA+10. De izquierda a derecha: Manuel Hernández Sande, Enrique Perea Caveda y Enrique Hernández Sande.



Edificio Administrativo de Servicios Múltiples (EASMU), 1º PREMIO COAA + 10. Fotografía: Judit Santamarta.



Edificio Administrativo de Servicios Múltiples (EASMU), 1º PREMIO COAA + 10. Fotografía: Jose Ramón Puerto Álvarez



Edificio Administrativo de Servicios Múltiples (EASMU), 1º PREMIO COAA + 10. Fotografía: Jose Ramón Puerto Álvarez